

Graciela M. Carbone

LIBROS ESCOLARES
UNA INTRODUCCIÓN A SU ANÁLISIS Y EVALUACIÓN

Primera parte
Diversidad de miradas a los libros escolares
(fragmentos)

Para iniciar estas reflexiones, invito al lector a realizar una recapitulación de las fuentes de información que se consultan en las escuelas con propósitos de estudio. Probablemente, en el recuento se entremezclen las prácticas actuales con las evocaciones de la escuela que cobijó los primeros encuentros con el conocimiento sistematizado. Con más certeza, tanto en los recuerdos como en la mención de la actualidad se pueda dar testimonio de criterios distintos en cuanto a variedad y cantidad de fuentes. Sin embargo, difícilmente esté ausente la categoría “manual” o “libro de texto” como componente del equipo escolar.

Y tratándose de manuales, también es posible que las evocaciones acudan teñidas de afectos muy diversos: la atracción de las imágenes con que los autores complementaban sus explicaciones de Ciencias Naturales o de Geografía, las fatigas de la ejercitación en Matemática y en Gramática, el esfuerzo de recordar los cronologías de la historia patria, o bien el disfrute de la pausa literaria.

El libro de texto tiene más presencia que otros libros escolares en la memoria colectiva; por eso es probable que los sentimientos o emociones evocados no sean tan superficiales como para relegarlos al olvido; y también es previsible que las diferencias de valoraciones y sentimientos hagan difíciles los consensos.

Por esos motivos, cuesta entender las razones por las cuales el estudio de los libros escolares aún permanece en una posición subordinada -cuando no marginal- en la formación docente.

Esta obra es una invitación a la reflexión compartida, en la que espero vincular el saber disciplinar y didáctico de los colegas, así como sus experiencias aquilatadas por la reflexión, junto con otros saberes, provenientes del campo histórico, de la teoría del curriculum, y también de algunos problemas de las disciplinas que se ocupan de la comunicación. Así, esta obra tiene el propósito de contribuir a la solidez de las decisiones para elegir estos materiales, tan relevantes en los procesos de enseñar para que los alumnos aprendan.

Delimitación del problema. Interrogantes acerca de la especificidad de los libros escolares

La universalización de la enseñanza y los libros escolares: la búsqueda de la graduación y la secuencia curricular

Elegí comenzar este derrotero en torno a la especificidad de los libros de texto con la pregunta por las razones de esa presencia tan viva. Intentando proponer respuestas, he seleccionado explicaciones que provienen de distintas investigaciones. De los múltiples temas que hoy se abordan he optado por asomarme en primer lugar a los momentos fundacionales de la historia de los libros escolares.

El “manual” o “libro de texto” -emplearé estas denominaciones indistintamente- adquiere notoriedad por su amplia difusión, comparable a la de los medios gráficos de comunicación, en el último cuarto del siglo XIX. Su crecimiento en el consumo está asociado a una etapa de la política educativa de Europa y América que representa un jalón en el acceso a la educación elemental: la consolidación, mediante las leyes, de los sistemas nacionales de educación pública. Los grandes principios de la obligatoriedad, la gratuidad y la neutralidad religiosa, considerados los bastiones de la universalización de la educación, se concretan mediante leyes a las que acompañan las preocupaciones por profesionalizar la docencia y por crear las condiciones de infraestructura física y cultural para impartirla. Y los libros de texto forman parte de esas condiciones.

El movimiento tiene un origen varias veces centenario. Son numerosas las referencias históricas a la Reforma luterana, conjuntamente con la alfabetización en lengua vernácula, así como la obra educadora de las escuelas católicas populares. Es por eso que los historiadores de los libros escolares identifican numerosos antecedentes de libros de texto entre los que se utilizaban en estas escuelas. Pero es importante destacar que esos libros podían ser expresión de diversas concepciones y que no siempre tenían caracteres específicamente vinculados a la instrucción.

Para trazar un cerco más preciso al objetivo de interpretar las razones de esta presencia central del libro de texto, me remitiré a otros precedentes que registra la historia de la educación, comprometidos con las grandes leyes de la educación pública. En los años tempranos de la Revolución Francesa, dos de sus actores conciben para ellos una misión que puede guiar numerosas reflexiones, ya que sus palabras son reveladoras del sentido que los revolucionarios adjudicaban a la educación en el proyecto de sociedad republicana que habían generado.

Entre los responsables de organizar la instrucción pública para la juventud, Lakanal estimaba que el libro escolar, conjuntamente con las fiestas populares, era la herramienta mejor adaptada y más potente para la difusión de las nuevas ideas. Y declaraba, en el Informe y Proyecto de Ley sobre los libros elementales presentado a la Convención en 1793: “Las columnas que deben sustentar el edificio de la educación son los libros elementales”.

Otras ideas, que expresaban el pensar de los revolucionarios, nos acercan a la índole de las obras entonces disponibles y de las obras esperadas para cumplir con los propósitos de la instrucción pública. Talleyrand, en un informe sobre la instrucción pública presentado ante la Asamblea Constituyente que precede al proyecto de Lakanal (1791) declara: “Es necesario que libros elementales, claros, precisos, metódicos, distribuidos con profusión, conviertan en universalmente familiares todas las verdades, y ahorren los inútiles esfuerzos para aprenderlas”.¹

En ambas declaraciones encontramos huellas del sentido adjudicado al libro escolar en el proyecto revolucionario. El papel irremplazable que se le otorgaba en la formación del ciudadano justificaba la creación de una comisión responsable del emprendimiento. Propongo al lector un análisis de la segunda cita, que es la que contiene las ideas liminares en cuanto a la conceptualización de las obras esperadas. Advirtamos, en primer lugar, la utopía que marcaba el itinerario cultural de la sociedad republicana: la universalización de todas las verdades. Ese futuro de acceso universal integraba una concepción política y social que afirmaba que el dominio del conocimiento sería uno de los sustentos de una sociedad para asegurar el progreso indefinidamente, armonizando los aportes de la inteligencia a los valores republicanos: la igualdad, la fraternidad y la libertad. Los libros para iniciar en las verdades del conocimiento eran también plataformas de acceso hacia ese futuro.

La obligatoriedad escolar, en sus formulaciones legales, establecía los alcances de los conocimientos que la escuela elemental debía asegurar. Y esos conocimientos mínimos debían ser enseñados en escuelas en las que la enseñanza colectiva y simultánea cobraba cada vez más vigencia. Esto también puede ayudar a interpretar la concepción del manual, con su propuesta uniforme, específicamente dedicada a la instrucción, como una respuesta a esa realidad de masividad que se imponía. Pero es interesante, para profundizar el conocimiento de esas versiones de los libros escolares, volver a los lineamientos de Talleyrand:

- libros elementales, claros, precisos, metódicos
- que ahorren los inútiles esfuerzos para aprender las verdades.

El fondo de estas ideas trasciende las interpretaciones anteriores acerca de la universalización del conocimiento. Las cualidades que Talleyrand quiere conferir a los libros de la escuela elemental expresan una concepción de la efectividad del cumplimiento de sus fines que está estrechamente ligada a la eficiencia para cumplirlos.

Estos propósitos iban unidos a otros esfuerzos metodológicos ya puestos en práctica en numerosos países y extendidos a América, como la enseñanza mutua, con la participación de los propios alumnos aventajados, para ganar tiempo. La consideración explícita del valor del tiempo se condice con la intervención del Estado en la regulación de los ciclos escolares y en la organización de los horarios semanales. El manual se suma como instrumento que coopera en la administración de los tiempos y en la dosificación de los contenidos a impartir con eficiencia.

Esta primera aproximación inicia las respuestas a algunos de los interrogantes acerca de la importancia de los libros de texto. Pero antes de continuar explorando los antecedentes, propongo una reflexión encaminada a integrar los motivos políticos de su historia con una valoración actual de su trascendencia, que debemos a uno de sus más reconocidos investigadores:

Una de las características esenciales de la edición escolar es [...] su dimensión nacional. Desde la formación, en el siglo XIX de los Estados-Nación y de la constitución de los sistemas educativos que tienden a generalizar una enseñanza popular y uniforme, el manual participa, en el mismo nivel que la moneda o la bandera, de la simbología nacional: es a la vez testigo de un proceso de integración social y cívica. (Choppin, 2000: 118)

Estas afirmaciones tal vez sugieran un retorno a los recuerdos, imágenes, sentimientos y valoraciones asociados a los manuales, para inscribirlos en la corriente más caudalosa de procesos históricos que los involucra.

[...]

Interpretaciones de hoy

El hecho de haber pretendido o logrado ser instrumentos eficaces para transmitir las verdades y -en su entramado- las ideologías de mayor peso sustentadas por los sectores que construyeron los sistemas nacionales de instrucción pública, trae otras consecuencias respecto de las funciones del libro de texto. Asimismo, sugiere otras explicitaciones de los rasgos del libro escolar aún no abordadas. Estas consideraciones requieren una profundización con lecturas transversales. Eso es lo que intentaré a continuación.

- Instrumentos de socialización

La unidad más arriba enunciada entre los conocimientos y los modelos de comportamiento admite la hipótesis acerca del papel socializador que han desempeñado los libros escolares. Si bien esta hipótesis debe ser verificada en cada etapa de la historia del currículo y de la escuela (particularmente en el siglo xx), lo que sí se puede comprobar a través de las lecturas documentales de los libros tradicionales es que se proponen modelar la sociedad del futuro a través de su público: los lectores jóvenes. Esa intención tiene un plus de importancia, si volvemos a reparar en el momento histórico en el que los manuales se generalizan: los libros escolares están llamados a facilitar los aprendizajes de materias que hasta entonces han estado ajenas al patrimonio cultural de la tradición familiar. Los miembros más jóvenes de esas familias acceden en forma creciente, procedentes de extracciones sociales -o nacionales- cada vez más heterogéneas y se ponen en contacto con obras cuya característica más preciada es la uniformidad. Los libros escolares contribuyen, así, a la cohesión cultural.

- Medios de comunicación

He destacado el vigor del entramado entre conocimientos e ideologías, que incide en su potencial fuerza modeladora de las conductas. Veamos cuáles pueden ser las notas distintivas de dicho potencial.

Una consideración central de la eficacia es el alcance de su difusión y las cualidades de las estrategias de comunicación elegidas. Si consideramos la difusión no podemos subestimar su estrecha asociación a la vigencia de planes y programas que llevan consigo el peso de la ley. Es por eso que estas características deben ser también objeto de una investigación periódica, conforme se operen transformaciones en esos lineamientos. No es posible obviar las diferencias de contexto histórico, su incidencia en la consideración de la perspectiva del Estado y el territorio, en la era de la globalización de la economía y de la revolución de la información. Una pregunta puede formularse: ¿continúan siendo agentes de esa construcción identitaria concebida para la educación común, la desafían o han perdido incidencia ante el peso creciente de otros agentes de socialización?

Otra característica distintiva es la dimensión comunicativa. Cabe reconocer la perennidad de ciertas estrategias y su incorporación al patrimonio colectivo. A veces, es la permanencia de ciertas imágenes plásticas que asociamos a ciertos elementos fundantes de nuestra cultura como nación o como agrupación más acotada. Otras, es la

construcción de una representación sobre el saber, su producción y su apropiación lo que incorporamos a través de las prácticas del estudio escolar.

Esta incidencia real o potencial del libro escolar en nuestros patrones de comportamiento intelectual debe ser objeto de reflexión e indagación a la luz de las transformaciones en el dominio de la información y la comunicación características de la revolución científico-técnica.

- Libros.

Se trata en cada caso de un conjunto de hojas de igual tamaño, impresas, unidas y encuadernadas, de modo que forman un volumen. Se trata de un producto industrial. Cabe destacar, entonces, que, como otros productos, los libros escolares se producen, circulan y se consumen.

La historia del libro escolar en su materialidad está estrechamente ligada a las transformaciones técnicas. No es casual su concomitancia con los cambios técnicos, como la prensa rotativa, que convirtieron el periodismo gráfico en masivo como la prensa rotativa. Nos encontramos en el escenario histórico de la revolución industrial, con la emergencia de la clase obrera y la arrolladora urbanización de la sociedad. Los cambios técnicos, asociados a la publicidad, serán herramientas de abaratamiento de los materiales de lectura, lo que redundará en la expansión del público lector.

El hecho de ser libros perfila otro tipo de problemas, tales como la existencia de monopolios o la de un mercado competitivo. Este problema nunca fue sencillo de analizar, ni siquiera en épocas dictatoriales, dada la complejidad y envergadura de la empresa editorial. De todas maneras, plantea un problema cuya vigencia transita todas las etapas del manual: el margen de variación que hace posible, teniendo en cuenta las características de su producción y las restricciones de su circulación en el sistema educativo. Me he detenido en las restricciones. En este momento cabe perfilar las características de su producción:

- los requerimientos de la variada y multifacética reunión de documentación que se requiere para dar respuesta al currículo;
- la complejidad de sus fases de producción;
- los costos y las expectativas de ganancia;
- la cultura empresarial y sus estrategias de vinculación con el público lector;
- las tensiones entre los requerimientos de la empresa editorial, las demandas de los poderes públicos y las de los actores sociales representados en sectores de consumidores: docentes, alumnos, padres.

Acudo a un investigador de la sociología del libro de texto para integrar esta perspectiva:

El manual es un producto cultural compuesto que entrega una versión pedagógica rigurosa de un saber reconocido. Lo calificamos de compuesto porque es un híbrido (está codificado de múltiples maneras), y se encuentra en el cruce de la cultura, de la pedagogía, de la edición y de la sociedad. Esto puede ayudar a comprender por qué ha habido escaso interés para estudiar su historia hasta los últimos años. Es por eso, también, según nosotros, que ese estudio resulta totalmente apasionante. (Stray, 1993: 78)

Notas:

¹Citado por Alain Choppin, 1992: 24; 2000: 108.